

Sr. Manuel Rueda
Director Ejecutivo Fundación Corripio, Inc.

Palabras por la Fundación Corripio, Inc.

Es con gran satisfacción que vengo esta noche ante ustedes a cumplir con un aspecto protocolar de la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Literatura 1993 al poeta de la Patria Pedro Mir, y sé que este es el título que a él verdaderamente le satisface, porque su obra se trazó desde muy temprano una meta importante: la de servir al hombre nuestro poniendo de manifiesto, no tanto sus virtudes, que él da por descontadas y sabidas, como sus carencias, sus siempre diferidas y olvidadas carencias que son el punto doloroso de donde parten todas las tragedias nacionales.

La carencia de tierras, y de alimentos y de justicia social, es lo que mueve la pluma de nuestro poeta, no para hacer de ellas una de esas pancartas que pegadas en cualquier muro ciudadano quedan expuestas al decoloramiento que le producen el sol, las lluvias y los brochazos alevosos de un conservadurismo a ultranza, quitando eficacia, digamos violencia, a su mensaje, sino para instaurarse como un emblema soberano e inalterable en el corazón de nuestra nacionalidad.

Por eso, decir Pedro Mir, hablar de lo que Juan Bosch ha llamado la “poesía pedromirista”, es referirse a una toma de conciencia de los males que nos afectan siguiendo la tradición romántica de los Guridi, Del Monte, Pérez, Rodríguez Objío, Ureña, Bermúdez, etc. Y es que con Pedro Mir adquiere voz una época crucial de nuestra historia contemporánea que es la de la dictadura trujillista.

A nuestro poeta le está reservada esta gloria y un solo poema la estampa, la deja impresa en carne viva en la atención de todo un pueblo. Me refiero, por supuesto, a ese poema que se publica en La Habana en 1949, “Hay un país en el mundo”, que contó con la admiración desbordada de Juan Bosch, también exiliado en Cuba, y quien había sido su gran descubridor cuando el joven poeta apenas esbozaba, a manera de

cuadros bucólicos, sus impresiones del batey y del río Higuamo de su infancia.

“Hay un país en el mundo” es el primer gran logro de esta poesía y es el poema responsable de la glorificación del poeta a niveles populares, y cuando digo popular me refiero a una juventud batalladora que colmaba las calles con ímpetu reivindicativo. Tal cosa se produce, no porque el poema sea populista o esté destinado a las luchas callejeras. Y hay que repetir una vez más la idea para evitar ciertos malentendidos a que nos tiene acostumbrados la crítica ocasional. Entiendo que uno de los grandes logros del texto es haber calado en la sensibilidad del pueblo a pesar de sus culteranismos, de su orfebrería formal y verbal, de sus zonas herméticas tan gongorinas como lorquianas, donde se hermanan aires de las “Soledades” con las del “Romancero gitano” y de “El poeta en Nueva York”. El mismo Pedro Mir dirá en sus páginas de “El Nacional”, y respondiendo a tales señalamientos con cierto buen humor, que por qué no hablar también de Whitman, Darío, Lugones, Nervo y Rimbaud, entre otros, desarmando así, por la amplitud del espectro, la pertinencia de sus influencias más cercanas, a las que habría que agregar también la del gran Neruda.

Pero no se trata aquí de las deudas, importantes en todo poeta que se respete, sino de la condición intransferible del “mirismo”, que trasciende la esfera política para establecerse en los dominios más abarcadores del hombre, o sea los del ente social por excelencia. De ahí que “Hay un país en el mundo” sea una protesta realizada desde un estrato cultural elevado, al que el pueblo debe ascender si desea desentrañar sus claves.

Puede decirse que las connotaciones verbales constituyen su mecanismo ideal de acercamiento, de la misma manera que una espinela barroca del período colonial pasó al folklore a causa de sus eufonías externas, no de sus teorizaciones filosóficas; el pueblo desarmó dicha espinela en sus complejidades de metro y rima volcándose y expresándose en ella, como sucede con tantos vocablos y consonancias irracionales de imposible comprensión, que el campesino maneja con un desparpajo

rayano en la genialidad. (Véanse si no las décimas recogidas en los desafíos de Baní y del Cibao).

Más que entender, el pueblo necesita sentir, y si “Hay un país en el mundo” fue consigna de las reivindicaciones de un momento, no fue porque se entendieran sus proezas verbales o sus aportes poéticos, sino porque el tema mismo, la magia que sostiene al poema, se aunaron para mover las fuerzas interiores del subconsciente colectivo. Digo todo esto porque creo que es aquí donde reside la gran importancia histórica del poema, fenómeno que deberá ser estudiado con mayor detenimiento en el futuro.

La verdadera personalidad de Pedro Mir con relación a su obra poética tampoco se ha estudiado detenidamente. Ahí está, si no, la colección de sus primeros poemas, no recogidos todavía en volumen y que aún están a la espera de un editor, poemas desatendidos a la hora de estudiar las raíces auténticas de su creación. Me refiero, además del archiconocido romance de las camiseras (“Poema del llanto Trigueño”), a “Plática del pozo”, a “Fábula del silencio y Galatea”, a “Grito para enterrar un maestro” (en la muerte del profesor Manuel de Jesús Camarena Perdomo), a “Protesta del cariño y de la espera” (dedicado a la declamadora cubana Maritza Alonso), a “Las fuentes”, a “Alegría de la mañana blanca”, etc., donde las verdaderas pistas de su estilo y de ese “mirismo” señalado por Bosch quedan esperando al investigador acucioso. Poemas primeros que claramente se fusionan con una colección posterior que el poeta tituló “Poemas de buen amor y a veces de fantasía”.

Pero no se trata de realizar aquí un estudio de la poesía de Pedro Mir. Mis palabras no deben ser sino una semblanza suya, aunque según se desprende de las alegorías de Borges todos los movimientos de un hombre componen los rasgos de su rostro, pudiendo decirse también que todas las obras de un escritor no son el calco de su fisonomía interior.

Queden, pues, estos esbozos como aproximaciones a una verdadera semblanza del poeta. Al verdadero Pedro Mir habremos de encontrarlo, no en el hombre elegantemente ataviado de esta noche, sino en alguien que puede parecersele, en el pulcro escritor que está siempre atento a

desentrañar el secreto de las formas y de los encantamientos verbales. Para ello sólo hace falta leer una estrofa turbadora de su “Fábula del silencio y Galatea”:

Perdido en los suburbios de estantes y anaqueles
su lomo azul, su vientre de grande iniciales,
su esmalte móvil, su índice. El silencio
acaricia su follaje secreto.

Y Galatea gime mordiendo sus frutas rojas.

Tales finuras de estilo, tales reticencias que le permiten sugerir eludiendo la amplitud del discurso, son recurrentes en su técnica y preservan al lector ese margen de irracionalidad necesario para que la captación poética se produzca.

Muchas veces le hemos oído decir al poeta (y de hecho lo ha escrito en algunos artículos periodísticos) que su aventura con la poesía ya ha terminado. Sin embargo, esa poesía ha seguido brotándole en esos poemas en prosa que son su narrativa, en su novela “Cuando amaban las tierras comuneras”, donde recrea una época ya desaparecida de su pueblo natal, San Pedro de Macorís, como si se tratara de un libro de historia lleno del sabor agridulce de la añoranza.

Mucho me hubiera gustado referirme aquí a la obra que considero culminante dentro de la totalidad de su obra, al “Contracanto a Walt Whitman”, epopeya de una colectividad que opone a los personalismos del tú, un nosotros que en el poeta norteamericano conforma la síntesis del hombre cósmico. “Yo, Walt Whitman, un cosmos, miradme”, mientras que en el dominicano entre nosotros es concepto altamente socializado.

Esta noche Pedro Mir recibe el más alto galardón que su país ofrece a uno de sus escritores, galardón auspiciado por dos instituciones prestigiosas, una oficial y otra privada, como son la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, y la Fundación Corripio, Inc. El regocijo del poeta es el nuestro, ya que sentimos como propio su triunfo. Y llegado

a este punto no deseo para él otra cosa que el reverdecimiento de sus laureles y el reencuentro, en las cámaras secretas de su intimidad, con la gran poesía de siempre.

Manuel Rueda

22 de febrero 1993